

en deleites: *Vanidad de vanidades*, esclama Salomon, *todo vanidad, todo afliccion de espíritu*. Diga en buen hora aquel que está contento, que su corazón goza de paz, que está tranquilo: miente; la paz del corazón solo puede ser fruto de la inocencia, de una perfecta resignacion en la voluntad del Señor y de una eminente santidad.

No por cierto; tampoco en las altas dignidades, ni en los empleos elevados se encuentra esta paz tan dulce y tan apreciable. El que en el mundo está mas elevado, ese es el menos contento. Solamente la virtud posee el gran secreto de producir la paz del corazón. Ve corriendo por todos los estados, por todas las edades, por todas las condiciones; en todas hallarás infelices, desgraciados y descontentos. El fausto, la profanidad, la abundancia y los honores solo sirven para ocultar á los ojos del público las amarguras que se padecen en particular. Desengañate, que mas espinas y mas cambrones producen los palacios, que las chozas. Pero si en cualquiera de esos estados y de esas clases de la vida hallares un hombre santo, encontrarás en él un corazón contrito, cuyo semblante está vertiendo alegría, cuyo espíritu parece el trono de la serenidad, y su alma está como embebida en cierta dulce satisfaccion, que la llena y que la harta; esto es lo que produce la gracia en un alma pura. Las cruces, las aflicciones, las mas amargas adversidades se quedan en la superficie, y nunca penetran hasta el corazón de los santos; de aquí proviene en ellos aquella igualdad inalterable, aquella dulzura como natural, aquella paz, en fin, que ó está á cubierto, ó está á prueba de todos los accidentes de la vida.

¡Buen Dios, y qué desgraciado, qué digno de lástima es el que no os ama sin contemporizacion y sin reserva!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que *no hay, ni jamás habrá paz interior para los que resisten á Dios*. Si hay en el mundo alguna verdadera alegría, está reservada para los de buena conciencia; para los que la tienen mala, toda la tierra es lugar de tribulacion y de angustia. Bien puede uno atolondrarse; mas no por eso sufocará las inquietudes que causa el pecado. ¡Oh, y qué diferente es la paz que viene de Dios de la que nace del siglo! Ella calma las pasiones; ella conserva la pureza de la conciencia; ella es inseparable de la justicia; ella nos lleva á Dios, y ella nos fortifica contra las tentaciones; pero la paz del mundo irrita las pasiones; mancha la conciencia; es un manantial perenne de injusticias, desvianos de Dios, y nos hace esclavos del demonio.

Aquella pureza de conciencia que fomenta esta paz se conserva con la frecuencia de sacramentos. Si la tentacion no nos vence, siempre nos es ventajosa; y si alguna vez nos hace Dios conocer nuestra miseria, es para que tambien conozcamos la fuerza de su gracia. Lo que fuere involuntario, nunca nos debe turbar; lo principal es no resistir jamás á la inspiracion interior, y dejarnos ir hasta donde Dios nos quisiere llevar. Consiste la paz del alma en una entera resignacion en la voluntad de Dios. Hácese profesion de virtud; está uno especialmente consagrado á Dios en el estado religioso, ó en el eclesiástico; ¿pues de qué paz interior no debiera gozar? En medio de eso, vive inquieto y turbado; esto nace de que no está rendido á Dios enteramente, de que aun es imperfecto, de que le sirve con mil escepciones y reservas; solo se profesa una virtud de genio y de amor propio. *Marta, Marta*, decia el Salvador, *andas muy solícita, muy inquieta y muy turbada, atendiendo á muchas cosas, y una sola es necesaria*. Pues esta única, que era la necesaria, es puntualmente la que se omite, porque no es de nuestro gusto. El trabajo que se espera en muchas cosas nace de que no se acepta con el debido y total abandono en la voluntad de Dios todo cuanto nos puede suceder. Pongámos, pues, todas las cosas en sus manos; anticipémos á hacerle entero sacrificio de nuestro corazón. Desde el mismo punto en que nos resolvamos á no querer nada de nosotros mismos, y á querer sin reserva todo lo que Dios quisiere, descuidarémos de todo, y escusarémos inquietas reflexiones sobre nuestras cosas; mientras no hagamos eso viviremos inquietos, desasosegados, sin consistencia ni en nuestros deseos, ni en nuestros designios, descontentos con los demás, poco acordes con nosotros mismos, llenos de reserva, y siempre desconfiados. El mayor entendimiento solo sirve para atormentarnos mas hasta que esté bien humillado y reducido á una santa sencillez.

¡Ah Señor, y por cuánto tiempo me lo ha enseñado así mi propia esperiencia! Bien veo que no siento en vuestro servicio aquella paz, *aquel gozo interior que escede á todo sentido*; pero es porque os sirvo mal: véisme aquí resuelto, con vuestra gracia, á entregarme totalmente á vos sin escepcion y sin reserva; seguro estoy que en cumpliéndolo experimentaré esta dulce paz del corazón.

JACULATORIAS. — No hay paz sino en los que aman y obedecen tu santa ley. (*Psalms. 118.*)

Solo en vos, Dios mio, hallaré paz y reposo. (*Psalms. 4.*)

PROPOSITOS.

1 Las virtudes sólidas que produce siempre la paz del corazon son las siguientes: Una verdadera simplicidad; cierta tranquilidad de espíritu, fruto casi necesario de la total entrega en las manos de Dios, que es lo que quiere este Señor; un dulce dolor y sentimiento de los pecados del prójimo, que inspira el amor de Dios, y el puro motivo de caridad: cierta docilidad en reconocer y en confesar los defectos propios, agradeciendo ser corregido y castigado por ellos, con una rendida sujecion á la voluntad de los que nos gobiernan. Aunque sea sincera tu virtud, te ocasionará mas remordimientos interiores, que aliento ni consuelo, si no está sostenida de aquel generoso amor de Dios, que no reconoce cobardía, escepciones ni reserva; pero al contrario, si abandonas á Dios todo el corazon, vivirás tranquilo, y lleno del gozo del Espíritu Santo. La presencia de Dios calma el espíritu en medio del día, y cuando mas cercado de trabajos, infunde un sueño tranquilo y sosegado; pero es menester darle al Señor sin reserva. El mas mínimo respeto humano ciega el manantial de ciertas gracias, y aumenta las irresoluciones. Si quieres gozar esta dulce tranquilidad, si quieres gozar esta alegre paz del corazon, que escede á todo lo que se puede pensar, no niegues á Dios cosa alguna.

2 Tambien produce la paz del corazon la modestia, la humildad y la dulzura inalterable como frutos de la buena conciencia. Ten puro el corazon, y estará tranquilo; pero no turbes esta tranquilidad con tu mal humor, ni la alteres con un zelo ardiente y vivo, que siempre es turbulento. Corrige en buena hora los defectos de los hijos, de los criados y de los súbditos; pero sin perder el sosiego ni la serenidad, porque la verdadera virtud nunca es contraria á sí misma. En medio de las mayores ocupaciones ten siempre en la memoria aquella sentencia del Salvador: *Marta, Marta, andas muy solícita, y son muchas las cosas que te turban; pero mira que sola una es necesaria;* y advierte que toda la solícitud de Marta era por servir al mismo Salvador. Donde hay turbacion no está Dios. *Non in commotione Dominus.* Nunca levantes el grito, habla sin conmocion y sin desentono, y obra con sosiego, pero no con tardanza. La paz del corazon no admite lentitudes, no sufre ociosidad, reprueba la delicadeza, y no se acomoda con alguna otra pasion.